



CAPÍTULO XXIII.

Gregorio X (1271-76).—Concilio de Lyon.—Muerte de Santo Tomas de Aquino y San Buenaventura.—Rodolfo de Habsburgo.—Inocencio V.—Bonifacio VIII.

Después de la muerte de Clemente IV, estuvo vacante la silla apostólica por espacio de tres años. Tras tenaces discordias entre los cardenales, fué elegido Gregorio X en Viterbo el día 1.º de Diciembre de 1271, y consagrado en Roma en Marzo de 1272. Acababa de dejar á Luis IX cautivo en Palestina, y le había prometido trabajar por su libertad; así que sus primeros esfuerzos se dirigieron á levantar una nueva cruzada. Reunió, al efecto, en 1274 el segundo concilio de Lyon, que fué el concilio XIV.

Santo Tomas de Aquino murió durante el viaje, y San Buenaventura durante las sesiones. Ocupóse el concilio, además de la nueva cruzada, de la union de las iglesias de Oriente y de Occidente, y se vió á los griegos repitiendo tres veces el *Filioque* en el momento en que se cantaba el credo en la misa celebrada por el papa. Dió también algunos cánones sobre las elecciones eclesiásticas y la reforma de la disciplina (1).

Después de la muerte de Ricardo había ele-

(1) Las actas en *Mansi*, t. XXIV, p. 38 sq.; *Harduin*, t. VII, p. 670. Las Ep. Gregorii X, en *Mansi*, t. XXIV, p. 27 sq. 107.

gido la Alemania, según el deseo del papa y la indicación del arzobispo de Maguncia, á Rodolfo de Habsburgo, que se había hecho amar de todos, siendo aún muy joven, en la corte del emperador Federico II. Sus sentimientos y su valor reconocido hicieron desde luego esperar que levantaría de su abatimiento el trono, restablecería la unidad del imperio, y volvería á unir la Iglesia y el Estado. Mandó á Lyon á su canciller, que juró en su nombre que el emperador conservaría los derechos otorgados á la iglesia romana por Oton IV y Federico II; que no atacaría jamás los estados de la iglesia, y que no haría jamás la guerra al rey de Sicilia.

Encontráronse Gregorio y Rodolfo en Lanasana después de la celebración del concilio. Renovó el emperador el juramento prestado por su canciller, é hizo concesiones aún mucho mayores á la iglesia de Roma (1). Excomulgó el papa por su parte á todos los que no reconociesen á Rodolfo; mas apenas había profetizado

(1) *Gerbert*, Cod. epistolar. Rudolphi I, S. Blasii. 1772, in fol. *Bodmann*, Cod. ep. Rud. I, ep. 230, anecdotas continens. Lips. 1806. Cf. *Raynald*. ad ann. 1274. num. 5 sq.

al tirano Carlos de Anjou que estaba próximo el día de la venganza, murió en Arezzo antes de haber podido llegar á la capital de sus estados. Para impedir en lo futuro las largas dilaciones á que había dado lugar su elección, había ordenado la celebración de un cónclave, en que los cardenales debían estar encerrados hasta el fin de la elección, debiendo á los tres días, ó cuando más á los cinco, ir disminuyendo de alimento á medida que las elecciones se fuesen prolongando (1).

El papa Inocencio V no tuvo más que el tiempo necesario para reconciliar en la Toscana á güelfos y gibelinos. Sus sucesores Adriano V y Juan XXI reinaron poco tiempo (2). Carlos de Anjou adquirió entonces una influencia tal sobre las elecciones, que durante algunos años no subieron á la silla de San Pedro más que sus hechuras. Nada perdonó para alcanzar ese objeto, sobre todo después que el papa Nicolao III, desplegando más vigor contra él que sus antecesores, se apoderó del vicariato de Toscana y le obligó á renunciar el título de senador de Roma.

Rodolfo de Habsburgo había abjurado todos los derechos del imperio sobre las ciudades de la Romanía, y hasta su juramento de fidelidad. Nicolao, que había ya manifestado sus inten-

(1) *Gregorii*, Constitutio II de electione et electi potestate. (*Mansi*, t. XXIV, p. 81-86; *Harduin*, t. VII, p. 705-8.) Quod (servato libero ad secretam cameram aditu) ita claudatur undique ut nullus illuc intrare valeat vel exire; nulli ad eosdem cardinales aditus pateat vel facultas secretè loquendi cum eis; nec ipsi aliquos ad se venientes admittant, nisi eos qui de voluntate omnium cardinalium inibi praesentium, pro iis tantum quae ad electionis instantis negotium pertinent, vocarentur.—In conclavi tamen praedicto aliqua fenestra competens dimittatur, per quam eisdem cardinalibus ad victum necessaria commodè ministrentur: sed per eam nulli ad ipsos patere possit ingressus. Verum si, quod absit, infra tres dies, postquam, ut praedicitur, conclave praedictam iidem cardinales intraverint, non fuerit ipsi Ecclesiae de pastore provisum, per spatium quinque dierum immediate sequentium, singulis diebus, tam in prandio quam in coena, un solo ferculo sint contenti. Quibus provisione non facta decursis, ex tunc tantummodo panis, vinum et aqua ministrentur eisdem, donec eadem provisio subsequatur.

(2) Cf. *Mansi*, t. XXIV, p. 153-83.

ciones contra Carlos de Anjou (1), negoció entonces con él una paz favorable á Rodolfo. Fué una desgracia para la Iglesia el que este papa elevase más de lo que convenia á la familia Orsini, que ya entonces era demasiado poderosa. Una elección borrascosísima, hecha bajo la influencia de Carlos, le dió por sucesor á un francés, á Martino IV, que fué justamente acusado, no sólo de no haber opuesto la autoridad pontificia á la tiranía de Carlos, sino de haberla favorecido no ménos que al partido de los güelfos, manifestando su odio contra los gibelinos, y poniendo en entredicho la ciudad de Forli, que les pertenecía. Cara pagó, sin embargo, Martino tanta parcialidad, porque precisamente durante su pontificado (30 de Marzo de 1282) tuvo lugar aquel horrible degüello de los franceses en las Vísperas Sicilianas (2). La conspiración tramada por Juan de Prócida y el rey de Aragon, Pedro III, esposo de Constanca, hija de Manfredo, tuvo por resultado la union del Aragon y la Sicilia (3), y por más que el papa excomulgó á Pedro y le declaró destronado, primero de Aragon, y más tarde del reino de Valencia, que ofreció á Felipe de Francia para sus hijos, sus censuras quedaron sin efecto. Pedro se apoderó del hijo único de Carlos, y dejó en herencia el Aragon á su primogénito Alfonso, y la Sicilia á Jaime, su segundo hijo. En vano el papa Honorio IV, sucesor de Martino, renovó

(1) Vita Nicolai Papae III. *Mansi*, t. XXIV, p. 191. En cuanto á las posesiones del Estado de la Iglesia, *Raynaldus*, ad ann. 1278, núm. 51 y 62. Así está descrita la rectificación de las donaciones hechas á la Iglesia de Roma: «Ad has pertinet tota terra quae est à Radicofano usque ad Ceperanum, marchia Anconitana, ducatus Spoletanus, terra comitissae Mathildis, civitas Ravennae, et Emilia, Bobium, Caesena, Forumpopuli, Forumlivii, Faventia, Imola, Bononia, Ferraria, Comaclum, Adriam atque Gabelum, Ariminum, Monsfeltri, territorium Balnense, Pentapolis, Massa Traharia, cum adjacentibus terris es omnibus aliis ad Romanam Ecclesiam pertinentibus, cum omnibus finibus, territoriis atque insulis in terra marique ad provincias, civitates, territoria et loca praedicta quoquo modo pertinentibus, ut suprascriptas provincias, civitates, loca et territoria.»

(2) *Raynald.*, ad ann. 1282. *Schlosser*, Hist. univ., t. III, P. II, seccion 2, p. 71 sq.

(3) Gesta Petri regis. (*Murat.*, Thesaur. Ital., tomo X., P. V.) *Mart.* IV, ep. en *D'Achery*, Spicileg., t. III, p. 684.



la excomunion contra este último príncipe; en vano quiso limitar el poder real en el establecimiento de los impuestos con que se oprimía á los sicilianos. Sucedió á Honorio el general de los dominicanos, Nicolao IV, que alcanzó al fin la libertad de Cárlos II, encerrado en Nápoles, y vió caer durante su pontificado á Ptolemaida, último baluarte de la Iglesia de Oriente. El Occidente parecia haber recogido ya todos los frutos de las cruzadas (1), y los cristianos se encontraban en gran parte por su falta desterrados de los Santos Lugares, que habian ocupado por mucho tiempo despues de una difícil y penosísima conquista.

Los pensadores profundos que comparan el estado general de la Europa al principio y al fin de las cruzadas, reconocen de comun acuerdo las innumerables ventajas que sacó de ellas la civilizacion moderna. Los progresos de la navegacion, del comercio y de la industria son sin duda el resultado del contacto del Occidente con un mundo mucho más ilustrado. La sociedad europea, amenazada siempre en su existencia por terribles invasiones, se libra de ellas, y de conquistada pasa á conquistadora. Los hogares aislados, que ha levantado el feudalismo en el seno de las naciones, van quedando unidos por intereses poderosos y comunes, y la libertad política, libre ya de su espíritu inquieto y hostil, puede sin violencia y sin romper la unidad social llegar á su completo desarrollo. Hicieron más las cruzadas: aceleraron el triunfo de la idea religiosa; idea que no es un producto de la razon; idea que está contra los cálculos de la misma; idea que, por exceder á la razon, la admira y la desconcierta por la accion súbita, viva y profunda que ejerce sobre la fe. Esa influencia moral es la que más justifica las cruzadas. Ellas despertaron la fe y la hicieron triunfar de una razon extraviada, precisamente cuando el racionalismo empezaba á secar los corazones y á separar de su verdadera direccion la inteligencia. Este es el resultado directo, inmediato

(1) Heeren, Desarrollo de las consecuencias que tuvieron las Cruzadas para la Europa. Goet., 1808. (Obras históricas, t. II.) Meiler, Compendio, p. 383-86. Miras juiciosas y profundas de Raisbonne; Vida de San Bernardo, p. 41-49.

y pasmoso de las cruzadas, resultado que explica por sí solo el entusiasmo de los predicadores y el interes enérgico que aún los hombres más pacíficos cobraron por el buen éxito de esas empresas heroicas y caballerescas, mientras que Abelardo y sus discípulos, frios é indiferentes, no veian en ellas más que una locura, y las combatian con la tenacidad de la prudencia humana. La circunspeccion del racionalismo cristiano, como en otro tiempo la de la razon gentilica, debió quedar ahogada y confundida por el entusiasmo que inspiró la locura de la cruz. Nada podia despertar mejor el espíritu cristiano de la edad media que la vista de Jerusalem y los recuerdos de los lugares en donde con sus sufrimientos y su muerte expió el Salvador los pecados del mundo. Así fué como debió sucumbir el egoísmo de la razon; así fué como á las tendencias individuales, que habian desolado la Iglesia y la sociedad entera, sucedió el sacrificio de los intereses de cada uno á los intereses generales. La fe triunfó de nuevo sobre el espíritu del mundo.

Resintiósese entonces la iglesia de Occidente de la prolongada vacante de la silla apostólica, que duró por espacio de veintisiete meses, porque despues de la muerte de Adriano habian ya modificado los cardenales las disposiciones de Gregorio X sobre el modo de celebrarse los cónclaves. Eligióse, al fin, en 1294 á Pedro, ermitaño del monte Moron, junto á Sulmona, que tomó el nombre de Celestino V. Merecia indudablemente la reputacion de santidad que se habia adquirido; mas sus virtudes privadas no le daban la capacidad necesaria para gobernar la Iglesia y luchar de frente con los príncipes de Europa (1). Se solia decir de él: «Mucho es lo que hace el papa de *plenitudine potestatis*, pero mucho más todavía es lo que de *plenitudine simplicitatis*.» Tuvo además la desgracia de ponerse completamente bajo la influencia de Cárlos II de Nápoles, que con sus

(1) Jacob. Cardin. Carmen de vita et canon. Celestini. (Murat., Script., t. III, P. I.) Petrus de Allia-co, Vita Celest. (Bolland. mens. Maii, t. IV, p. 485.) Celest., Op. ascet. ed. Telera., Neap., 1640, in 4.º (Max. Bibl., t. XXV.) Raynald., ad ann. 1294. Ptolomei de Fiadonib., Hist. eccl., lib. XXIV, c. 29 sq.



intrigas, y abusando de la ingenuidad del papa, llegó á hacer nombrar siete cardenales franceses y tres napolitanos. Despues de un corto pontificado resolvió Celestino renunciar el cargo; mas como el simple consentimiento de los cardenales no pareciese suficiente para dar validez á su abdicacion, despues de haber declarado en una constitucion que todo papa podia renunciar su dignidad, quiso retirarse á su morada solitaria, deseoso de recobrar la paz de que gozara. Mas no lo consintió su sucesor, quien temiendo que su fuga pudiese ser más tarde ocasion de un cisma, le tuvo cautivo hasta que murió poco tiempo despues en 12 de Mayo de 1296. El acto más útil del pontificado de Celestino, fué el restablecimiento de las disposiciones de Gregorio X relativas al cónclave.

En el momento en que el cardenal Cayetano, conocido con el nombre de Bonifacio VIII, fué elegido en lugar de Celestino, estaban gravemente complicados los negocios políticos de Europa. Nada se habia arreglado aún en Sicilia; en Alemania Adolfo de Nassau habia sucedido á Rodolfo de Habsburgo; estaban en lucha la Francia y la Inglaterra, y al paso que Felipe el Hermoso, rey de Francia, contaba con el apoyo del de Escocia, tenia Eduardo de Inglaterra en su favor al conde de Flandes y al poderoso Adolfo de Nassau. Fermentaban en Italia el espíritu de partido, el amor á la independenciam, el deseo de dominar, la sed de nuevas conquistas y las rivalidades de comercio. Venecia y Génova, Pisa y Florencia se hacian una guerra encarnizada. Mateo Visconti, que acababa de apoderarse de Milan, se hizo nombrar vicario imperial de la Lombardia por el nuevo emperador de Alemania Adolfo, con el fin de sujetar á su mando todo el país. Bonifacio estaba igualmente versado en el derecho canónico que en el civil, y parecia haber nacido más para príncipe del mundo que para jefe de la Iglesia. Era de un carácter tan firme como los más ilustres de sus antecesores, aunque de una piedad mucho ménos profunda, y al recordar á Gregorio VII y á Inocencio III, no pudo ménos de sentirse movido como ellos á tomar una posicion clara y determinada y una actitud firme y resuelta.

La inaudita magnificencia que desplegó en su coronacion (1) manifestó desde luego que estaba decidido á volver su brillo y su grandeza al pontificado, y sus primeros decretos le presentaron ya á la faz de la cristiandad como otro Inocencio II. Estaba aún indeciso el rey Cárlos cuando salió el papa de Nápoles, á pesar de los rigores de la estacion; pasó á Roma de improviso, é hizo derribar inmediatamente los castillos de los grandes que pretendian oponerse á sus órdenes. Procuró poco despues, en virtud de una promesa, que segun se dijo habia hecho á Cárlos II ántes de ser elegido, declarar de nuevo la Sicilia feudo de la santa sede, cosa que á lo que parecia debian facilitar entónces la elevacion de Jaime de Sicilia al trono de Aragon, y la concesion que le hacia Bonifacio de la Cerdeña y la Córcega en cambio del reino que se le pedia. La repugnancia de los sicilianos á los franceses era, sin embargo, invencible, y eligieron por rey al hermano de Jaime, Federico II. En vano el papa lanzó entónces contra los sicilianos toda clase de penas temporales y espirituales viendo ya que no producian efecto las excomuniones; los sicilianos siguieron con su rey, y no quisieron retroceder ni un solo paso. Hizo tambien el papa sentir sus disposiciones hostiles á los gibelinos, desterró dos cardenales de la vengativa familia de los Colonna, y se apoderó de sus bienes; mas en cambio recibió los más sangrientos ultrajes de parte de la Francia, que era la nacion que más favorecia. Para calmar Bonifacio la odiosa y cruel guerra encendida entre Eduardo y Felipe, dirigió serias amonestaciones al primero, y se empeñó con el rey de los romanos para que rompiera la alianza con la Inglaterra. Contaba poder llevar los tres reyes á un armisticio, y para inclinarles más á ello, les amenazó con la excomunion en 1296.

Es evidente que obrando así el papa no traspasaba los límites del poder que en él reconocia el derecho político de la época. Era para él un deber impedir por todos los medios posibles la guerra, y exigir, por consiguiente, un armisticio, proponiéndose como árbitro de las di-

(1) Cf. Muratori, Hist. de Italia, año 1295.